

RUEGA POR LAS ÁNIMAS

Flory Otárola Durán

RESUMEN

Este artículo pretende mostrar, brevemente, la ritualización de la muerte y los cambios ocurridos al interior de la iglesia Católica y de la feligresía, en San José de Costa Rica, a lo largo del siglo XX, comparando la primera mitad del siglo con la segunda mitad.

ABSTRACT

The intention of this article is to briefly show, the ritualization of death and the changes experienced within the Catholic church and its members throughout the Twentieth century in San Jose, Costa Rica, by making a comparison between the first and second half of the century.

1. INTRODUCCIÓN

En la medida que la muerte es una realidad ineludible y que suscita reflexiones de tipo existencial, todas las sociedades han construido representaciones de ella, la han ritualizado y han definido las formas en las que se debe disponer de los cadáveres. La sociedad costarricense no ha sido la excepción y, menos aún la comunidad católica de San José, cuyas prácticas y pensamientos respecto a la muerte han sido en parte pautados por una institución tan influyente como la iglesia Católica. Sus grandes trazos son, por supuesto, prácticas y pensamientos que la sociedad costarricense ha heredado de la cultura europea occidental y que son, consecuentemente, tributarios de las concepciones tradicionales de aquella sociedad. Sin embargo, así como la cultura es dinámica y cambia constantemente, todas las concepciones también lo hacen y, en particular, aquellas relacionadas con la muerte.

Para comprender esas transformaciones durante el siglo XX, en la comunidad católica de San José de Costa Rica y sus suburbios, y así comprender también los cambios más generales de las concepciones de la sociedad costarricense en esa época, se llevó a cabo una investigación antropológica cuyos ejes de reflexión y de interpretación fueron la muerte en la concepción occidental, el imaginario sobre la muerte, la ritualización de la muerte. De esa investigación, se nutre el presente artículo, en el cual, a manera muy somera se expondrán algunos puntos relevantes¹.

La fase de recolección de la información, de la investigación, se llevó a cabo por medio

1 Otárola Durán, Flory. 2002. "Una visión sobre la muerte en la comunidad católica, en San José, Costa Rica durante el siglo XX". Tesis para optar por el grado de Licenciada en Antropología Social en la Universidad de Costa Rica.

de entrevistas a profundidad a informantes específicos como feligreses, laicos, sacerdotes, sacristanes, teólogos, liturgistas, rezadoras, pantheoneros y servidores de la iglesia Católica, así como patólogos, enfermeras, dueños y administradores de los servicios tanatológicos. Además, se realizó una exhaustiva búsqueda bibliográfica en archivos eclesiásticos y públicos, como en colecciones de libros privados. También, se utilizó la técnica de la fotografía, recurso muy pertinente para la ilustración de gran parte de la información recabada.

Partiendo el siglo XX en primera y segunda mitad, la sistematización de la información, se llevó a cabo en dos sentidos: desde la iglesia Católica, protagonista en la construcción de imaginarios sobre la muerte y, desde la feligresía, reproductora de esos imaginarios. En consecuencia, se establecieron rangos de edad de la feligresía entrevistada con el fin de determinar categorías de análisis, tomando en cuenta desde el informante más longevo hasta el más joven: de 102 años a 70; de 70 a 40 años y de 40 a 10 años (para efectos del presente artículo se consignan testimonios del primer rango de edad). Así, se pudo establecer lo que sostenía el imaginario sobre la muerte en cada grupo de edad y, en consecuencia, visualizar la ritualización de ese imaginario en cada época. Para complementar el estudio se seleccionaron cinco cementerios dentro del área geográfica de la investigación: Extranjero, General, Obrero, Calvo y Montesacro. Además, los servicios tanatológicos de cada época fueron revisados con el fin de determinar su participación en los cambios que se originaron, en cada período señalado, en relación con la muerte.

2. UN ACERCAMIENTO A LOS IMAGINARIOS

Hacia la década de 1930, los estudios históricos experimentaron una importante transformación con L. Febvre y M. Bloch, de la Escuela Francesa de Annales, y la nueva corriente historiográfica llamada “historia de las mentalidades” que, igualmente, afectaría a la antropología, a la geografía, a la psicología y a la sociología y que hacen de la muerte uno de sus temas favoritos (Guiance, 1989:3).

Dentro del campo de la historia de la muerte, la recuperación de la historiografía sobre este tema se inicia con J. Huizinga, en su obra *El otoño de la Edad Media* (1930), quien hace un análisis sobre la muerte en los siglos XIV y XV. Posteriormente, otros autores se introducen en el tema, y desde 1970 la muerte pasa a ocupar un lugar privilegiado en el conjunto de temas que se constituyeron en el ámbito de las mentalidades. El gran aporte de los estudios aparecidos estuvo dado por una ampliación del horizonte de la muerte desde el punto de vista metodológico, lo cual desplazó los criterios de la psicología histórica para abordar lo que se podría llamar de contexto social. La dimensión de la muerte pasa a ser percibida no solamente en función de su carácter individual, sino también en lo que hace a un criterio integrador de la sociedad. Con ese aporte “la historiografía de la muerte adopta uno de los contextos epistemológicos de la historia de las mentalidades, el de una ‘concepción del mundo’, según los términos de Mandrou” (Guiance, 1989: 6).

Igualmente, una de las más grandes características de los estudios acerca de la historia de la muerte es su periodización. El contexto de la muerte es visto en la larga duración, en sólidas estructuras, lo cual permite rastrear épocas bien diferenciadas a través de la historia y, precisamente, Phillipe Ariès es el mejor representante de ello al dividir la historia de la muerte en Occidente en cuatro grandes fases, desde la temprana Edad Media, hasta la actualidad.

Para explicar esa división, Ariès manifiesta que los cambios del hombre frente a la muerte son o muy lentos en sí mismos, o se sitúan entre largos períodos de inmovilidad, lo cual hace que los contemporáneos no los perciban por cuanto el tiempo que los separa supera el de varias generaciones y excede la capacidad de la memoria colectiva. De ahí que, según Ariès, el historiador de la muerte no debe dudar en abarcar los siglos hasta llegar, incluso, al milenio pues “los errores que no puede dejar de cometer son menos graves que los anacronismos de comprensión a los que lo expone una cronología demasiado breve” (Ariès, 2000: 16-17). En consecuencia, este criterio de Ariès fue tomado en consideración, en la investigación realizada, para definir como período de estudio todo el siglo XX.

3. EL CONCEPTO DE MUERTE Y SUS IMAGINARIOS EN EL NUEVO MUNDO

El concepto sobre la muerte y sus imaginarios que se ha manejado en América Latina en general, y en Costa Rica en particular, ha sido el producto de la herencia evangelizadora que llevaron a cabo los españoles desde el momento de su contacto con las tierras americanas. Cuando la iglesia Católica se constituyó en el eje rector de la vida de sus habitantes, los frailes franciscanos iniciaron la batalla contra las normas y creencias de enterramiento de los indígenas, intentando crearles la necesidad de dar cristiana sepultura al difunto, al momento de morir, así como a seguir una serie de rituales y normas para que su alma descansara en la paz de Dios (Velázquez, 1996: 9). Aunque, en general, las prácticas fueron asumidas, no se puede afirmar que sustituyeran las creencias ancestrales indígenas al interior del grupo. Sin embargo, en lo que a la religión Católica respecta, con el paso del tiempo, tanto la concepción de la muerte con sus imaginarios, como los rituales en torno a ella fueron variando, posiblemente, por las reformas que la Iglesia introdujo al respecto o respondiendo a cambios generales de mentalidad o de cosmovisión.

En cuanto a la concepción de la muerte, la Iglesia enseñaba que había una vida después de la muerte, pero para lograr esa vida era necesario estar en gracia de Dios a través del sacramento de la confesión. En caso de estar a las puertas de la muerte, el agonizante estipulaba en un testamento todos sus deseos, tanto en cuanto a la repartición de sus bienes, como en lo relativo a sus exequias y al lugar de la inhumación. En Costa Rica, particularmente, la mayoría de los feligreses de la ciudad de Cartago, de los siglos XVII y XVIII, dejaron estipulado en los testamentos los lugares de su preferencia para la inhumación, entre los que señalaron la Iglesia Parroquial, el Convento de San Francisco y algunas otras ermitas, hasta que se prohibió esa práctica por razones de salud pública, en 1789.

4. LA RELIGIOSIDAD CATÓLICA EN LA COSTA RICA DEL SIGLO XX

A. PRIMERA MITAD DEL SIGLO XX

El siglo XX amanece cargado de dogmas de fe y de una doctrina pesimista que venía caracterizando a la Iglesia desde la Edad Media. Monseñor Thiel escribió los catecismos de la Doctrina Cristiana que instruyeron a la población costarricense durante las primeras décadas del siglo XX, en los cuales supo plasmar la autoridad de la Iglesia en “materia divina” como en el pasado. La obra, está estructurada en preguntas y respuestas que debían ser memorizadas y, por el lenguaje utilizado, se puede asegurar que esta obra influyó decididamente en la mentalidad religiosa que imperó en el San José de la primera mitad del siglo XX, según testimonios recogidos. Por ejemplo, en cuanto al Infierno, el Catecismo señala:

P. Qué cosa es el Infierno, según las palabras de Cristo?

R. El Infierno, según las palabras de Cristo es un lugar de tormentos, un suplicio eterno, un fuego inextinguible, lugar de tinieblas en donde hay llanto y crujir de dientes (Luc. 16,28. Mat. 25, 46; 8,12. Marc. 9, 44). (Thiel, 1913: 145).

Además, este catecismo tiene un apéndice, al final, que contiene oraciones para el día, la noche y otras que eran practicadas diariamente por los feligreses. Estas oraciones contienen una carga de culpa implícita que definitivamente contribuyeron a cimentar las creencias sobre el castigo de Dios en “el más allá”. Un ejemplo lo constituye el “Acto de Fe” que dice: “Creo como verdad infalible, que hay un Dios verdadero, que premia á los buenos con la gloria, y castiga a los malos con el Infierno...” (Thiel, 1913: 313). En consecuencia, la feligrésía sentía un gran temor a morir, como lo manifestó una entrevistada de 96 años:

... Yo he sido pecadora, y entonces yo le pido a Jesús de la Misericordia que no

me condene... Pero, yo sí le temo a la muerte... Tatic Dios hizo el Infierno y el Purgatorio para que nosotros paguemos lo malo que hemos hecho...

Pero la obra de Thiel no es la única que contribuyó a la formación de esa mentalidad tenebrosa y pesimista. Algunos de los devocionarios de los que la feligresía costarricense se sirvió durante la primera mitad del siglo XX, con las oraciones y meditaciones para el día, para los novenarios de los difuntos, para realizar novenas a los santos y otros, hacían uso de la terminología medieval y del lenguaje del temor y, podría decirse que de la intimidación. Por ejemplo para el día martes se meditaba sobre el juicio particular en los siguientes términos: “después de la muerte comparecerá mi alma en el tribunal de Dios para ser juzgada... el Juez será justísimo... el examen será rigurosísimo... la sentencia será irrevocable” (Mach, 1949: 308).

Esa mentalidad del pecado y del castigo que los costarricenses de inicios del siglo XX recibieron como educación religiosa fue heredada de siglos anteriores. En consecuencia la construcción de los imaginarios viene de lejos y atestigua la larga duración de los sistemas de pensamiento; todo razonamiento lógico se desecha y permanece sólo la idea. De ahí que la muerte no se considera ya en sí misma, sino a través de ese discurso ideologizante de la Iglesia que se plasma en los documentos religiosos que la feligresía ha manejado y asimilado a lo largo del tiempo.

También, la mentalidad de los sufragios por los difuntos, heredada desde la Edad Media, llega hasta el siglo XX y se plasma en un bagaje de oraciones en los devocionarios, para que la feligresía ayude a sus semejantes en el “bien morir”, así como en la salvación de sus almas. En consecuencia, las oraciones para los novenarios se encontraban en los devocionarios y eran recitadas de memoria por expertas rezadoras:

Oración: Te encomendamos, Señor el alma de tu siervo (o sierva) N., a fin de que muerto (o muerta) para el mundo, viva para ti en el Cielo; y te rogamos que cuantos pecados llegó a cometer por causa de la humana fragilidad, tu bondad misericordiosísima los borre para siempre.

Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén (Pardo, 1905: 259).

Además, para reafirmar la existencia del Purgatorio, y el sufrimiento de las almas en él, la novena consignaba una reflexión al final de cada día con ejemplos de ánimas en pena.

Una costumbre generalizada en esa época era la administración del viático y la extremaunción a los moribundos, por parte del sacerdote; costumbre que se convirtió en una necesidad de primer orden para ayudarlos en su tránsito “al más allá”: “Mire, uno antiguamente nunca se acostaba dejando regueros... por aquello de que tuviera que entrar el Padre a media noche... antes a nadie le faltaba la asistencia a la hora de la muerte” afirmó una entrevistada de 89 años. Igualmente, el uso de imágenes de santos en el lecho de muerte ha sido una práctica muy arraigada en la feligresía:

“Yo me acuerdo cuando el papá de mi padrastro murió, que era un viejito, yo me acuerdo que le pusieron ese santo que se llamaba San Jerónimo... no podían morir si no tenían un San Jerónimo...” [señaló una entrevistada de 76 años].

Conforme el siglo XX inicia su marcha hacia adelante nuevos cambios significativos se dan en torno a la muerte. En la segunda década comienzan a aparecer las ideas sociales que vendrán luego a dar como resultado el comunismo. Hay también una visión del hombre creada por el liberalismo y la concepción filantrópica de los masones. Todo esto conlleva a que esos grupos se replanten diferentes ideas sobre la muerte de la que la Iglesia venía mostrando. Ya no es la muerte el acontecimiento que pone al hombre ante el juicio particular, de cara a Dios, a revisar la contabilidad de las acciones en la tierra, si no que la vida es el tiempo de la inmortalidad del ser a través de sus buenas obras.

Los rituales de la muerte cambian para aquellas poblaciones; para algunas, el cadáver se traslada a sus centros de congregación y se le despide con rituales diferentes a los de la iglesia Católica. En la mayoría de los casos, no hay novenarios ni ritos en la iglesia y, muchas veces, un discurso en el cementerio, en el cual

se enaltecen las buenas obras del difunto, marca el final del camino de aquel mortal. Esto trae como consecuencia la indisposición de la iglesia Católica, quien intensifica aún más su doctrina valiéndose de nuevas amenazas del castigo divino para los pecadores de la tierra. La Virgen María se convierte en la mediadora de los hombres ante la ira de Dios por los pecados del mundo, según lo manifiesta a tres niños pastores, Jacinta, Lucía y Francisco, en sus seis apariciones en Fátima, Francia, en 1917. A partir de estas apariciones se inicia un discurso tenebroso y amedrentador por parte de la Iglesia, a cuenta gotas, y solamente el Papa tenía acceso a los tres secretos revelados a los pastores. Sin embargo, se decía que se trataba de castigos terribles para la humanidad, incluyendo tres días de oscuridad en el año de 1960, acompañados de pestes y cataclismos, si el mundo no se convertía. Es interesante notar que en la tercera aparición se les revela a los pastores el Infierno y Lucía lo detalla como un lugar bajo la tierra, en donde el fuego castigador está presente tal y como lo consigna la liturgia desde la Edad Media.

Como consecuencia, los creyentes practicantes cada vez que escuchaban hablar de los mensajes de la Virgen acrecentaban más su temor a la muerte. Para la mayoría de la gente el rezo del Rosario, por las noches, se convirtió en el escudo contra el castigo divino tal y como lo pedía la Virgen. Es así como se intensifica esa práctica en las familias y, en muchos casos, se instituye también como práctica dominical en las iglesias, y llega a incorporarse en el imaginario mundo colectivo de los católicos como una devoción ineludible. Igualmente, se propaga la devoción al Corazón de Jesús y el culto a la Virgen de los Ángeles, a quien el Papa Pío XI la decreta Patrona de Costa Rica en el mes de noviembre de 1924 y cuya coronación se lleva a cabo el 26 de abril de 1926.

Ya en los años 40, siendo el Arzobispo de Costa Rica Monseñor Víctor Manuel Sanabria, la Iglesia se involucra más en los problemas sociales que vive el país y se une a los grupos representativos del pueblo. Era un momento en que por los acontecimientos mundiales que se presentaban, la Iglesia universal estaba cayendo en un cierto adormecimiento del que salió hasta la llegada de Juan XXIII, en la década

de los 50 (Arrieta, 1982: 11). Pero al interior de la feligresía costarricense, del San José de esa época, el pecado seguía siendo el rector de la vida y para alcanzar el Cielo era necesario cumplir con los preceptos que la Iglesia marcaba. Así lo expresa una entrevistada de 74 años:

... Digamos, ir a misa, que no se podía perder por nada del mundo. La Comunión, es decir, cada ocho días tenía uno que ir a confesarse, era necesario para estar en gracia. Además, a uno, ellos [los papás] le inculcaban la devoción de hacer los primeros viernes al Corazón de Jesús [la comunión], entonces todos íbamos a la misa el primer viernes, todos los meses...

Además, el purgatorio y el infierno seguían vigentes, tanto en la liturgia cristiana católica, como en la mentalidad de la feligresía. Ganar el Cielo era una tarea muy difícil. La Iglesia enfatizaba en los pecados mortales la pérdida del alma y por consiguiente la condenación eterna.

Por ejemplo, la Iglesia consideraba el suicidio un pecado mortal y negaba las exequias a aquellos que se suicidaban, posición que la feligresía no cuestionaba. Un sacerdote de 83 años justifica esa posición de la siguiente forma: "... Bueno, funeral no, funeral no, pero [era] como una muestra de estímulo a su familia y a todos nosotros para que no dispongamos de nuestra vida porque el que dispone de nuestra vida es Dios...". En consecuencia el entierro de estas personas se llevaba a cabo de forma muy silenciosa y el acompañamiento al cementerio era muy poco y, según un testimonio, algunas veces las familias escondían el suicidio como el móvil de la muerte del pariente para poder realizar el funeral. Así mismo, el acto del suicidio era vinculado estrechamente a la familia y, de alguna manera, los deudos sentían vergüenza por aquella muerte de su pariente.

Para finales de la primera mitad del siglo ya se habían introducido ciertos aires de cambio en la liturgia. Otros catecismos habían aparecido, aunque con un formato muy similar al de Monseñor Thiel que ya se había dejado de usar. Sin embargo, en virtud de acontecimientos

como las dos grandes guerras, la guerra de Viet-Nam, la entrada del comunismo en Cuba y muchos otros que hacen replantear al ser humano su visión frente a Dios y frente a la muerte, en esta época la iglesia Católica empieza a manifestar deseos de cambio por cuanto la acción pastoral, con base teológica, debe situarse en un determinado entorno socio-cultural para que resulte eficaz.

B. SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX

En los años 60, una época de por sí de cambios mundiales, se da un hito en la historia de la iglesia Católica con una reforma que marca una nueva era. El Concilio Vaticano II, inicia en 1962 la revisión de muchos de los planteamientos que la Iglesia traía desde la época de la Patrística y que habían sido ya preocupación de algunos prelados desde el siglo anterior. Así revalorada en su carácter didáctico y formativo, los ritos se simplificaron y, fundamentalmente, se introdujeron las lenguas vernáculas y la participación de los fieles en los oficios de la Iglesia, lo cual contribuyó a dar un rostro nuevo a las celebraciones. Se organizó la feligresía con laicos, femeninos y masculinos para “ministros de la eucaristía” y se levantó la censura del uso de los pantalones y del velo en la cabeza, en el templo, para las mujeres. Sin embargo, muchas señoras mayores todavía acostumbran usar el velo para ir a Misa o a visitar al Santísimo y, hasta se dan casos en los que para recibir la comunión se colocan en la fila en que el sacerdote sea el que la reparte, o en última instancia, un laico, pero nunca una mujer. De acuerdo con una entrevistada, una tía suya que murió hace un tiempo, a los 83 años, nunca permitió que una ministra de la eucaristía le diera la comunión en el templo, o se la llevara a su casa cuando ya estuvo enferma de muerte.

También la infraestructura de las iglesias debió ser adaptada para hacer patente esos cambios. Entre algunos de ellos, el altar mayor, para la celebración de la misa, se situó de frente a la asamblea y el púlpito de otrora fue sustituido por el ambón como lugar para la lectura de la liturgia. Igualmente, se introdujo la oración de los fieles y la obligación de la homilía.

De esta forma las celebraciones adquirieron la participación por parte de la feligresía expresada en el canto del pueblo, en las lecturas y en los servicios del altar, los cuales ya no eran desempeñados por el clero sino por lectores y acólitos. Igualmente, el aspecto devocional que muchas veces prevalecía sobre el litúrgico y que estaba basado en la recitación de oraciones, fue quedando atrás para dar paso a la misa comunitaria y a la liturgia. También, se da la desaparición paulatina de formas de piedad popular, muy arraigadas en los fieles, referentes al culto de los santos y a los ejercicios devotos en honor de la Virgen María. Únicamente, permanecieron algunas imágenes como el patrono de la comunidad, Jesús Crucificado y los santos de las procesiones de Semana Santa, así como aquellas de la Inmaculada Concepción que se venera en el mes de mayo y del Corazón de Jesús, en junio.

En cuanto a la muerte, la renovación en la pastoral abarca todas las actividades eclesiales: predicación, catequesis y actos litúrgicos. Ahora, según el criterio de la Iglesia a la celebración de la muerte se le confiere un sentido cristiano porque revive “el misterio pascual de Jesucristo”. Así mismo, el viático sigue siendo uno de los aspectos más importantes a la hora de la muerte por cuanto, según la liturgia,

... es el signo eucarístico con toda la plenitud de sus efectos, porque, después de haberlo recibido, el cristiano entra definitivamente en la vida eterna y, dado que la vida eterna comporta también la resurrección del cuerpo, el viático se convierte en prenda segura de dicha resurrección (Llopis, 1983: 659).

En cuanto a la intercesión por los difuntos, debido a la tradición, la reforma indica que se debe entender bien el sentido de esas oraciones. Al respecto, J. Llopis señala:

No olvidemos que durante muchos años, por lo menos en la mentalidad de los fieles, se ha tenido un concepto casi mágico y mecánico de este tipo de oración. Precisamente, la radical reacción de Lutero y de los reformadores contra

toda clase de sufragio por los difuntos se debió a los innegables abusos que en este terreno se cometían por parte de pastores y fieles (*Ibíd.*: 663).

Es importante observar que la doctrina y la práctica de la intercesión por los difuntos estaba, indudablemente, vinculada a la creencia en el Purgatorio (*Ibíd.*), y al convertirse en mentalidad ha viajado en el tiempo y vive presente en la feligresía. Pero a partir de aquel hito histórico, la Iglesia evoca las escrituras desde una perspectiva lingüística muy distinta a los tiempos anteriores. Todos los documentos emanados de Vaticano II aparecen con una nueva forma de abordar la liturgia de la Iglesia. Juan Pablo II en sus catequesis sobre el Cielo, el Purgatorio y el Infierno señala que estos no son lugares físicos entre las nubes, sino estados. No obstante, esta nueva visión de la Iglesia sobre la doctrina escatológica no modificó considerablemente la mentalidad de las personas entrevistadas en un rango de edad de 102 años a 70. Para esta población la visión de un Dios justiciero y castigador sigue vigente y los pecados que cometieron en este mundo van a determinar la salvación o la condenación de su alma. Por el contrario, personas de 60 y 50 años, en general manifiestan su cambio en la percepción del “más allá”. Una señora de 65 años señala: “A uno le infundieron eso, que, bueno, de un Dios bravo. Entonces uno no podía hacer nada porque todo era pecado. Uno se crió así, con esa mentalidad de que todo era pecado”. No obstante, para ella ahora su concepción de Dios es de “un papá, que tiene mucho amor para uno” y se imagina los que están en el Cielo en una felicidad muy grande. Igualmente, para las personas más jóvenes entrevistadas, la muerte significa ir al Cielo, solamente, pero su respuesta es consecuencia de la formación recibida para la Primera Comunión, con el nuevo catecismo de la doctrina cristiana en el cual está ausente toda alusión al Purgatorio y al Infierno. Al respecto, una catequista afirma:

Ahora a los chiquitos no se les habla ni del Infierno ni de Purgatorio; no se les nombra para nada. A ellos se les habla de lo que es el pecado como un ofensa Dios, de lo bueno y lo malo que hacemos para

agradar o desagradar a Dios, pero no se les dice nada del Purgatorio ni del Infierno.

Afortunadamente, con el cambio radical del discurso ideológico de la iglesia Católica, muchas personas han recobrado su paz interior y su visión de la muerte ha alcanzado una dimensión más humana y de relación con Dios. Así el siglo XX cierra sus puertas con una Iglesia más abierta y menos represiva y para la juventud, que inició su adoctrinamiento después del Concilio Vaticano II, la idea del “más allá” no representa un sistema penal al que deben comparecer sino más bien la plenitud del ser humano, el gozo infinito en Dios Padre. Sin embargo, todas las creencias se han visto reflejadas en las representaciones de la muerte tanto al interior de la iglesia Católica como de la feligresía, desde los albores hasta la terminación del siglo XX. Creencias y rituales van de la mano y sus representaciones se dan a través del tiempo de acuerdo con el imaginario que emana de la iglesia Católica.

5. LOS RITUALES DE LA MUERTE

Es indudable que la construcción del imaginario sobre el “más allá” está íntimamente ligada con los rituales en torno a la muerte. No obstante, a lo largo del siglo XX los cambios sociales, políticos, económicos y religiosos marcan un antes y un después en los rituales de la muerte. Cabe recordar, como antecedente, que en la sociedad colonial costarricense las muestras de dolor que embargaban a los deudos y las manifestaciones de luto eran expresadas en una forma muy intensa. El ritual funerario se observaba con mucho rigor por cuanto los vivos debían ayudar al difunto a mitigar las penas en el “más allá”. Este imaginario viajó en el tiempo hasta el siglo XIX y se acomoda también en las actitudes asumidas ante la muerte en el siglo XX, y se manifiesta en la ritualización, por ejemplo, como en la vela, en las exequias y en el novenario.

A. PRIMERA MITAD DEL SIGLO XX

En la primera mitad del siglo XX los rituales de la muerte en la religión Católica estaban

amparados a una liturgia cargada de reminiscencias medievales cuyas manifestaciones se expresaban tanto dentro de la Iglesia como de la feligresía. Al interior de la Iglesia, se iniciaba el ritual con la proximidad de la muerte. El moribundo era despedido en su casa con la “extremaunción” y el viático, lo cual incluía también las oraciones de preparación para una buena muerte.

Cuando el sacerdote salía de la Iglesia a socorrer al moribundo, llevaba el “auxilio” en un relicario colgado a su cuello, seguido por un acólito, o por el sacristán, sonando una campanita. Al paso del sacerdote las personas caían de rodillas en donde estuvieran y se santiguaban por el respeto que infundía la presencia del “Dios vivo en el Santísimo” que llevaba el padre. El sonar de la campanilla, costumbre que desapareció hasta entrada la segunda mitad del siglo, daba la voz a la feligresía de que la muerte estaba próxima para un miembro de la comunidad, y a la vez, de que había iniciado la preparación, adecuadamente, para entrar en el “más allá”.

Morir sin el auxilio debió ser una pesadilla, tanto para el que entraba en trance de muerte como para los familiares, pues la Iglesia lo consideraba necesario para el perdón de los pecados. Así mismo, la liturgia consignaba las oraciones que la persona debía oír en su lecho de muerte, acompañada de cirios o candelas encendidas en su aposento. Para esta época, los familiares más cercanos acompañaban al enfermo en su agonía y en algunos casos, según testimonios, una vez que moría se cerraban las ventanas o se colocaban cortinas negras en las ventanas hasta por un año.

Posteriormente, personas escogidas entre los mismos familiares procedían a amortar al difunto en forma muy privada. El muerto no era tocado por todos los miembros de la familia pues entraba ya en trance de descomposición. La mortaja consistía en envolver el cuerpo en una sábana blanca, con lo mínimo de ropa por debajo, sin medias y sin zapatos; se le ponía algodones en la nariz y, muchas veces, si tenía dentadura postiza se la quitaban y le amarraban un trapo o un pañuelo grande en la cabeza, mientras el cuerpo se enfriaba, para que no le quedara la boca abierta. Además, en cuanto a la posición del muerto en el ataúd, costumbres muy ancestrales llegaron hasta el

siglo XX, como la de las manos entrelazadas en el pecho. De acuerdo con Durand el moribundo debe estar acostado de espaldas con el fin de que su rostro mire siempre al Cielo y agregas:

el yacente ha mantenido durante mucho tiempo en su sepultura la orientación hacia el oeste, hacia Jerusalén. Debe sepultarse al muerto de forma que su cabeza esté de vuelta hacia occidente y sus pies hacia oriente (En: Ariès, 1999: 20). [Aunque el autor se refiere a una costumbre del Viejo Mundo, también en la cultura costarricense todos esos detalles están presentes al momento de colocar al difunto en la caja].

A partir del deceso se iniciaba el luto en la familia, regulado por la Iglesia y la sociedad. Se interrumpía toda asistencia a actividades sociales para la mayoría de los miembros de la familia cercana, por lo menos durante el primer año y se imponía el uso de la vestimenta negra en las mujeres, de acuerdo con el parentesco. La viuda vestía varios años de luto rígido, manga larga, medias negras y la “toalla” negra de seda sobre la cabeza para salir de su casa a los actos litúrgicos de la Iglesia que, prácticamente, era para lo único que podía dejarse ver en público. Las hijas y las hermanas mayores, por lo menos durante el primer año, debían usar negro total; las niñas pequeñas medio luto. Para los hombres, por el contrario, la manifestación del luto solo se daba ocasionalmente, mediante el uso del pantalón negro de casimir, el sombrero negro y la corbata negra, costumbre esta última que todavía hoy día se conserva. A partir de la muerte de la persona se inicia la preparación del ritual funerario en dos sentidos: la acción de los parientes, en la casa, para ayudar al tránsito del alma y las exequias propias de la Iglesia para dar cristiana sepultura a aquel mortal.

I. LA VELA

Durante la noche anterior al sepelio se acondicionaba la sala para la vela del difunto en la casa. Cuando se contrataban los servicios de la funeraria, el ataúd se colocaba en el centro sobre una mesa negra, diseñada especialmente



Vela en la casa con los servicios de la funeraria.
Sra. Emérita Chacón de Durán. San Miguel Sur de Sto. Domingo de Heredia.
7 de marzo de 1953.

para los efectos, y en las cuatro esquinas del ataúd se colocaban candelabros llenos de candelas.

Por el contrario, cuando la familia se encargaba de esta tarea, colocaban el ataúd sobre una mesa cualquiera, generalmente la que usaban para comer, y ponían a los pies candelas paradas en platos o en candelabros pequeños de lata. Además, las coronas de flores blancas, en su mayoría calas o varitas de San José, enviadas por los parientes y amigos de la familia adornaban el féretro tanto a los lados como en la base. No podía faltar la silla al frente para la rezadora y muchas otras alrededor de la sala, para la gente que acompañaba en los rezos.

La noche de la vela, los rezos por el difunto iban a acompañados por cigarrillos y peleas al calor del licor que se ofrecía a diestra y siniestra. Muchas son las historias que se han escrito sobre las velas matizadas por los tragos y el machete. Una feligrés de 74 años afirmó que

... pasaban toda la noche cuidando al muerto y repartiendo guaro, unos contando chistes, otros hablando, por eso muchas veces el muerto quedaba debajo de la mesa cuando se agarraban [se peleaban] los viejos.

Contar chistes en las velas ha sido una costumbre en la feligresía que, aunque en menor medida, todavía se practica, tal vez como una forma de olvidar el hecho trágico que los ha convocado.

Pero el día amanecía entre el “ruega por las ánimas” y los sollozos de las hijas, de las hermanas, o de la viuda y las retahílas, a gritos, de las bondades del esposo, o de la madre, o del padre, o del pariente que fuera. Ya las plañideras de los siglos anteriores no era fácil encontrarlas pues la costumbre las había sustituido por las mismas mujeres de la casa. Es importante mencionar que las plañideras cumplían con un ritual prescrito por la costumbre; era la afirmación de la solidaridad social. Llorar al difunto ajeno, muchas veces, es un ritual forzado para expresar la adhesión al grupo. Así, el dramático llanto se veía interrumpido, bien, por el relinchar de los caballos muy ataviados, jalando el coche que llevaría al difunto a la Iglesia, bien por los hombres que sobre sus hombros cumplirían la tarea. Cabe mencionarse que en esta época las mujeres de la casa no asistían al funeral en la Iglesia, y aprovechaban el tiempo para iniciar la confección del altar ante el cual empezaría el novenario, al día siguiente.



Sepelio con coche fúnebre de tres troncos.
Sr. Silverio Solera Rojas, director de Correos y Telégrafos de Costa Rica.
Setiembre de 1946

II. *LAS EXEQUIAS*

Los dobles de las campanas de la Iglesia recibían al difunto, en hombros o en coche fúnebre, seguido por el cortejo.

Ya en los funerales de principios de siglo XX no se celebra la misa al difunto como antaño; las exequias en la Iglesia se reducían a un “Responso” pronunciado por el sacerdote, y la bendición. Así el sacerdote, con su capa negra y larga sobre sus hombros, acompañada por otros ornamentos negros, se acercaba hasta el difunto pronunciando el Responso en latín y bendiciendo al muerto con agua bendita e incienso, varias veces, alrededor del macabro espectáculo del catafalco, “especie de cajón grande... como una tumba forrada de vestiduras negras”, en donde se colocaba el ataúd, según testimonio de una entrevistada de 96 años.

Un hecho fundamental que se debe destacar es que de acuerdo con la condición económica del difunto, así sería el sepelio. Los feligreses de escasos recursos económicos enterraban sus muertos por sus propios medios. Por lo general, en los cantones de San José había fábricas de ataúdes que los vendían a precios muy módicos, pero aquellos que contrataban los servicios de una de las dos funerarias que

existían en la capital, Polini [1892] y La Última Joya [1935], eran personas acomodadas.

III. *EL NOVENARIO*

Al día siguiente del entierro, se iniciaba un ciclo de rezos durante nueve días denominado “Novena a las ánimas del Purgatorio” que tenía como fin ayudar en la difícil tarea de la salvación del alma del pariente fallecido, quien se encontraba purgando sus pecados antes de ir a la presencia de Dios. El altar, frente al cual se haría el novenario, consistía en una mesa pegada a la pared de donde se desprendían largos cortinajes negros que bajaban hasta el suelo. En la mesa se colocaban muchas velas, o candelas, y la estampa de la Virgen del Carmen sacando almas del Purgatorio ayudada por algunos ángeles, misión que en la época medieval llevaba a cabo San Miguel Arcángel. Alguna que otra corona de flores “con olor a muerto”, como las calas y las “varitas de San José” dejadas para ese propósito, remataban el altar que durante esos días servía para desahogar tanto las penas del pariente muerto como las de los parientes vivos. Una experta rezadora iniciaba un largo rosario cargado de muchas jaculatorias y

“al final, se rezaba la novena a las ánimas que decía barbaridades”, señala una entrevistada de 74 años, y “daba miedo ponerle atención” comenta otra de 96 años.

Durante los rezos de cada día no se repararía comida como sí se hará después; pero el último día el ajetreo en la casa del difunto empezaba muy temprano porque el novenario cerraba con el Trisagio, nueve rosarios rezados en tres partes y el Vía Crucis en la Iglesia, alternando con la comida entre rezo y rezo. El café, o el aguadulce, el pan casero y el bizcocho servían de aperitivo en cada parte de los rosarios; la sopa de mondongo, el arroz con pollo y los picadillos de arracache, chayote y papa se ofrecían al almuerzo. No faltaba alguna miel de toronja, de ayote o de chiverre, y el arroz con leche, que entonara el estómago para seguir con la rezadera. Toda esa comilona se preparaba con anticipación y en la tarea participaban no solamente las mujeres de la casa sino también las vecinas y parientes. Se generaba un entusiasmo colectivo que muchas veces los platos llegaban ya preparados a la casa del difunto, mecanismos que expresan y refuerzan los sentimientos de solidaridad del grupo.

Con el novenario terminaba el primer ciclo de los rituales que iniciaron con la muerte del feligrés y la participación de vecinos y parientes de los deudos. Luego se empezaba un segundo ciclo de rezos mensuales, durante un año, en los cuales al final del rezo también se ofrecía tamal asado, bizcocho y pan casero con café o aguadulce. El luto continuaba en las mujeres, por lo menos hasta el primer año de muerto el familiar, día en que se reanudaban los rezos, como en los nueve días, con igual ida y venida de toda clase de comidas de panes durante los nueve rosarios y el Trisagio. Posteriormente, cada año se le rezaba al difunto aunque ya no con tanta pompa ni tantos rezos, pero para la familia era importante continuar la devoción porque no tenían certeza del momento en que el alma de su pariente se encontraba ya gozosa en la presencia de Dios.

B. SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX

Todavía en los inicios de la segunda mitad del siglo XX el sonar de la campanilla anunciaba

la cercanía de la muerte para algún miembro de la feligresía; el sacerdote seguía cumpliendo con la administración de los últimos auxilios para los moribundos. Sin embargo para esa época se empieza a dar un cambio de mentalidad en cuanto a la permanencia del enfermo o moribundo en la casa. El avance en la medicina y las garantías sociales con que cuentan los costarricenses en la segunda mitad del siglo XX propician la incuestionable asistencia médica a los enfermos o moribundos en los centros hospitalarios, y cada vez son más los feligreses que se alejan de su espacio familiar y mueren en una cama del hospital. En consecuencia, la costumbre de asistir al moribundo en la casa pasa a convertirse en la tarea del sacerdote, o capellán, en el hospital y el viático empieza a ser administrado, también, por los “ministros de la Eucaristía” pero ya no solamente a los moribundos, sino a aquellos enfermos que se vean temporalmente imposibilitados de asistir a la misa en el templo. Para los que están en paso de muerte, además, se les aplica “la unción de los enfermos” que equivale a lo que antaño se denominaba “la extremaunción”.

En virtud de lo anterior, la mortaja del difunto se realiza cada vez con más frecuencia en la morgue del hospital y muchas veces por el personal de la institución. La sábana del pasado se sustituye por las mejores galas de la persona y en ocasiones se hace uso del maquillaje para borrar “la muerte” de la cara del muerto. La costumbre de la ausencia de zapatos en el muerto sigue vigente. Una vez listo el cadáver, la funeraria se hace cargo del traslado a la sala de velación o a la casa del difunto.

En cuanto al luto, la segunda mitad del siglo XX empieza cambiando el uso del negro rígido por ropa más casual. Ya la toalla, en la cabeza, para las viudas es cosa del pasado así como las medias negras y los vestidos de manga larga. Aunque se usa el color negro en los funerales, esta práctica no es tan rígida en las vestimentas de los asistentes, para quienes se da paso a otras tonalidades como el beige, azul y gris. Además para los días del novenario se empieza a introducir en los deudos el medio luto y a las niñas del todo no se les pone, y paulatinamente, esta costumbre desaparece hasta para los familiares más cercanos al difunto. Al finalizar el siglo XX

muy pocas personas usan luto indefinido por sus difuntos y, la mayoría de las veces las actividades sociales se reanudan después del novenario para facilitar la elaboración del duelo pues se ha tomado conciencia de que la herida que se siente por la partida del ser querido es un asunto que requiere de tiempo para sanar y no se refleja en la vestimenta ni en la reclusión de los deudos. El duelo, como lo señala Thomas, traduce a la vez la inadaptación de los individuos a la muerte, y el proceso social de readaptación que les permite a los supervivientes cicatrizar sus heridas (Thomas, 1993: 554).

I. LA VELA

Para principios de esta época la vela sigue vigente, pero lentamente se va introduciendo la costumbre de trasladar los difuntos a las capillas funerarias; algunas veces por razones de espacio en las viviendas, otras por evitar situaciones desagradables que se daban en el pasado por el abuso del licor y, en opinión de algunos pensadores modernos

el cadáver es conducido a una casa funeraria que se caracteriza por su neutralidad simbólica, pues no existen allí elementos mortuorios evidentes: es un espacio desacralizado donde no hay misterio (Mejía, 2000: 62).

Alrededor del año de 1957, la Funeraria Polini inicia la segunda mitad del siglo introduciendo capillas de velación en el edificio que todavía ocupa actualmente, para ofrecer el servicio de la vela a los feligreses. Durante las primeras dos décadas, de la segunda mitad del siglo XX, el proceso del cambio de la vela en la casa a la funeraria fue lento. Cuando el muerto se sacaba de su hogar se repudiaba a la familia. Este proceso se inició más que todo en el centro de San José; los feligreses de los suburbios no trasladaron sus muertos a la funeraria hasta mucho tiempo después. Por supuesto que esa práctica encarecía más el servicio funerario lo cual hace suponer que fue una clase económicamente alta la que rompió la costumbre de la vela en la casa. Sin embargo, los rituales seguían siendo lo mismo en ambas partes.

La vela en la funeraria no era tan diferente de la acostumbrada en la casa. El muerto pasaba la noche acompañado de familiares amigos y, al principio, el llanto histérico que se daba en la casa también se daba en la funeraria. La Funeraria Polini tenía rezadoras pagadas para enviar el alma del difunto al Cielo, al igual que lo seguían haciendo las que llegaban a las casas. Es así como poco a poco se fue haciendo cada vez más necesario la contratación de una funeraria para que se encargue del muerto, desde el momento en que expira hasta que es sepultado, lo que dio como resultado el surgimiento de muchas otras con sus elegantes capillas de velación que pueden albergar, al mismo tiempo dos o más difuntos.

En los últimos años, la vela durante toda la noche ha ido desapareciendo como las coronas y las candelas en exceso, al igual que algunos símbolos desaparecen o se transforman. Entre los cambios más notorios que se han introducido es oportuno mencionar que en la mayoría de los casos el difunto ya no se expone para que la gente lo vea; la caja permanece cerrada y encima una fotografía con el muerto rebosante en vida. Además algunas funerarias cierran sus puertas a las doce de la noche, los familiares se retiran a descansar a sus casas y el muerto queda sumido en la penumbra de una habitación aromatizada por la presencia de coloridos arreglos florales. No obstante se debe tomar en cuenta que las normas las establecen las funerarias y los deudos que hacen uso de los servicios deben acogerse a ellas sin cuestionarlas, lo cual evidencia que los servicios tanatológicos tienen su participación en la dirección de los cambios que se van introduciendo en los rituales de la muerte.

II. LAS EXEQUIAS

El Concilio Vaticano II, con la reforma de los ritos funerarios cambia sustancialmente la participación de la Iglesia en torno a la muerte. Los dobles de las campanas reciben siempre al difunto que llega a la Iglesia en el carro fúnebre y es transportado hasta el Altar Mayor en el catafalco moderno, que dejó atrás el horrendo espectáculo de cortinajes negros para convertirse en una mesa metálica rodante



Carroza fúnebre
Funeraria del Magisterio Nacional

y plegable, de fácil transportación, y que también se utiliza para colocar la caja fúnebre en la vela.

Dependiendo de la condición económica del difunto, a lo largo de la nave principal de la Iglesia descansa una alfombra roja así como columnas con floreros de múltiples colores. Sin embargo, de acuerdo con los dueños de las funerarias, algunas parroquias no permiten ya las alfombras, y a veces estipulan el número de arreglos florales que se coloquen, para evitar las diferencias sociales de los sepelios.

En cuanto a las exequias, propiamente, también el Responso en latín quedó en el pasado, así como los ornamentos de color negro. El sacerdote, vestido de blanco, o algunas veces de púrpura, inicia los funerales con la misa y al final de la misma hace una ceremonia alrededor del ataúd rociando al muerto con agua bendita y bendiciéndolo con incienso, como en el pasado. Es importante señalar que el cambio del color negro en los ornamentos, asociado a la oscuridad, a lo perverso, a lo de ultratumba, por el color blanco, que es la vida, la pureza, la paz, es muy significativo en este momento en que la Iglesia rompe la estructura del “más allá” tenebroso por ese Cielo abierto que empieza.

III. *EL NOVENARIO*

Así como todos los cambios se fueron dando paulatinamente, es indudable que también los novenarios fueron cambiando en la segunda mitad del siglo XX. Los rituales de los rezos se vieron afectados por la introducción de las misas durante todos los nueve días. En muchos casos la costumbre de los rezos en las casas se traslada a la Iglesia antes de empezar la misa. Las personas que se dedicaban a rezar en el pasado, muchas de ellas desaparecidas ya, se relevan fácilmente con algunos de la familia para rezar el Rosario antes de la Eucaristía que es lo más importante, ahora, por el alma del difunto. El altar para los rezos del novenario, cuando se lleva a cabo en la casa, inicia también su transformación en la segunda mitad del siglo XX. Los cortinajes negros desaparecen por completo y la Virgen del Carmen se sustituye por otra cualquiera o por un crucifijo. En una mesa pequeña los coloridos floreros, sobre manteles blancos, terminan de conformar la delicada representación iluminada por unas velas.

Las antiguas novenas por “las ánimas benditas” la iglesia las reprobó y si el novenario se hace todavía en las casas, se reduce tan sólo

al Rosario y a unas cuantas oraciones. Pero hay que destacar que ya en esta época, cada día del novenario, se impone como costumbre al final del rezo del rosario de ofrecer café, o aguadulce y alguna repostería. Para el noveno día los rezos se simplificaron también y sólo tres rosarios son suficientes para cumplir con el difunto, aunque en algunos casos ya sólo uno se hace y a veces sólo la misa. También se inició la práctica, cada vez más frecuente, de simplificar las misas por los difuntos y en lugar del novenario se introduce el septenario, lo cual acorta el proceso de acompañamiento. A partir de Vaticano II esta misa es comunitaria, es decir, se celebra por la intención de todos aquellos difuntos cuyos familiares lo soliciten. Además, la comida no se ha dejado del todo, pero la sopa de mondongo y los picadillos si son cosa del pasado pues los rosarios comienzan ahora al caer la tarde para unirlos con la misa, tal vez para que el acompañamiento sea mayor en vista de los horarios laborales de familiares y amigos.

6. CONCLUSIONES

La iglesia Católica, en la primera mitad del siglo XX, contó con manuales que enseñaron a la feligresía a creer lo que ella consideraba como “la verdad” sobre el más allá, y a manejar imaginarios sobre la muerte que van amalgamados con la ritualización que tanto la Institución como la feligresía hacían de ella.

En consecuencia, la visión de mundo de la feligresía de esta época, se puede afirmar, que estaba expresada en un gran conformismo y, sobre todo en un gran menosprecio por esta vida por cuanto la estadía en la tierra sólo era un peregrinar para la vida eterna, verdadero y único valor de la existencia. Pero para que “los desterrados, hijos de Eva” merecieran la vida eterna se hacía necesario la mortificación constante, la obediencia absoluta a los mandatos de la Iglesia y el cumplimiento de sus requerimientos. La Iglesia controlaba la vida de los feligreses, y desde los púlpitos los sacerdotes vaticinaban los castigos que esperaban a todos aquellos mortales que se alejaban de las enseñanzas cristianas y se abandonaban en los placeres del mundo.

Igualmente, en cuanto a los rituales de la muerte, en la primera mitad del siglo XX, en la feligresía estuvo presente la mentalidad de que los vivos debían ayudar con los novenarios a las almas de los difuntos a salir del Purgatorio, para aliviarles los sufrimientos en aquel horrendo lugar. Estos rituales se vieron acompañados de las más opíparas comidas que manifestaban la solidaridad del grupo y ayudaban a los deudos a elaborar la ausencia que el difunto dejaba en sus vidas. El uso del luto rígido y la interrupción de las actividades sociales se imponían como norma, en general, para las mujeres y era parte del sacrificio obligado para ayudar al difunto en pena. Pero con el correr del tiempo la Iglesia entra en una reflexión sobre los aspectos escatológicos y teológicos que venían desde el Concilio de Trento [1545-1653], y en la segunda mitad del siglo XX el Concilio Vaticano II [1962-1965] marca un hito en la historia de la iglesia Católica al reformar su liturgia y su visión “del más allá”. La iglesia Católica reconoce la teoría de la evolución y con ello relativiza algunos mitos como el de Adán y Eva y, por consiguiente, la noción de pecado se reestructura. Igualmente, cambia la liturgia en relación con la muerte y ya no es vista como el paso a la rendición de cuentas ante un tribunal implacable, sino más bien como el encuentro definitivo con un Dios de amor y de paz. Ya no se habla de la condenación y más bien se abre la posibilidad de la salvación eterna para todo aquél que la desee. Dios es infinitamente misericordioso y espera con los brazos abiertos la llegada de todos. El Cielo, el Purgatorio y el Infierno pasan a ser estados que no quedan muy bien definidos en la mentalidad de la feligresía, pero que no atemorizan a las generaciones jóvenes formadas con la nueva liturgia y los métodos modernos de los catecismos de la Iglesia.

Así, en la segunda mitad del siglo XX aquella visión de la Iglesia va a tener su impacto en toda la noción de la muerte. La reforma de la liturgia, igualmente reformula las representaciones y la ritualización de la muerte tanto al interior de la Iglesia como de la feligresía. Las exequias van a transformar los símbolos de color negro y con aspecto de ultratumba, en símbolos de color blanco que reflejen la paz del

alma y la plenitud eterna. Los cantos gregorianos y en latín, pasan a ser de resurrección y gozo con Dios, y en lenguas vernáculas. La liturgia desde que inicia envía al Cielo al difunto y no se habla de las llamas ni de los castigos eternos. Además la feligresía de esta época no está convencida de que el difunto esté penando o necesite de su ayuda para alivianar las penas. La vela, que en el pasado se convertía en un evento alrededor del difunto, a finales del siglo XX este deja de ser el centro de atracción y la reunión se torna alrededor de los vivos que son los que están sufriendo. El muerto ya no se ve, a no ser por una foto que se coloca sobre su cofre para dejarle a los vivos todo el protagonismo aunque el evento que los convoca sea la misma muerte. Consecuentemente, los novenarios se simplifican y las macabras novenas desaparecen y, hasta en muchos casos, no se hacen los rezos porque la misa viene a sustituir los rituales en la casa del difunto.

En síntesis, los cambios culturales sobre la muerte, durante el siglo XX, se dan por la acción directa de tres figuras elementales. La iglesia Católica, muy omnipresente al inicio del siglo, que va variando a través del tiempo su visión escatológica y con ello la liturgia; la figura de la familia y la comunidad con su religiosidad y sus formas propias de representar ese imaginario, y finalmente, el factor económico que hace surgir los negocios tanatológicos marcadores de cambios en los imaginarios y en sus representaciones. Esos cambios hacen que la feligresía josefina amanezca en el siglo XXI con una visión de mundo muy diferente a la que se manifestó en la primera mitad del siglo XX.

Para algunos de los feligreses entrevistados, los pecados ya no se valoran con el rigor que otrora tenían y la muerte no significa el enfrentamiento con un tribunal de justicia sino, más bien, el encuentro con un Dios que está esperando el retorno de todos a su Reino. Sin embargo para estas poblaciones las creencias religiosas siguen siendo las rectoras de sus vidas y la militancia en la iglesia Católica no se ha visto interrumpida por los cambios introducidos, aunque para algunos de ellos se hacen confusos y difíciles de aceptar. Para otros, y sobre todo los más jóvenes, es difícil establecer esa cuenta a Dios y, más bien, la vida se con-

vierte en un espacio de disfrute y felicidad por cuanto la permanencia en la tierra es corta y se debe aprovechar. No se habla del paso por el Purgatorio y mucho menos de la condenación eterna. Los dogmas tradicionales de la religión Católica empiezan a perder credibilidad en algunas mentes jóvenes y la experiencia de la muerte comienza a ser más clara para ellos, es decir, su cosmovisión incluye el mundo, la vida, la muerte, Dios. Queda para futuros investigadores la tarea de estudiar la visión de la muerte en estas generaciones, así como en otras regiones del país por cuanto, a pesar de que la religión Católica está difundida a lo largo y a lo ancho del territorio nacional, cada región manifiesta su cultura particular aunque se compartan las generalidades de las creencias y los dogmas de la misma fe.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Ariès, Phillipe. (2000). *Historia de la muerte en occidente. Desde la Edad Media hasta nuestros días*. Barcelona, España, Ediciones Acantilado.
- Arrieta Quesada, Santiago. (1982). *El pensamiento político-social de monseñor Sanabria*. (2ª ed). San José, Costa Rica, Editorial Universitaria Centroamericana.
- Floristán, Casiano y Tamayo, Juan José. (1983). *Conceptos fundamentales de Pastoral*. Huesca, Madrid, España, Ediciones Cristiandad.
- Guiance, Ariel. (1989). "Muertes medievales. Mentalidades medievales: un estado de la cuestión sobre la historia de la muerte en la Edad Media". En: *Temas y testimonios* nro. 2. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires. Argentina, Instituto de Historia Antigua y Medieval.
- Huizinga, Joan. (2001). *El otoño de la Edad Media*. Madrid, España, Alianza Editorial.
- Llopis, J. (1983). "Muerte". En: Floristán, Casiano y Juan José Tamayo. *Conceptos*

- fundamentales de Pastoral*. Huesca, Madrid, España. Ediciones Cristiandad.
- Mach, José. (1949). *Áncora de salvación*. (Edición aumentada con oraciones y novenas adaptadas a las Arquidiócesis de la América Latina). (2ª ed.). Buenos Aires, Argentina, Editorial Argentina de Ediciones Sagradas.
- Mejía Rivera, Orlando. (2000). *La muerte y sus símbolos/Muerte, tecnocracia y posmodernidad*. (2ª ed.). Colombia, Editorial Universidad de Antioquia.
- Otárola Durán, Flory. (2002). "Una visión sobre la muerte en la comunidad católica, en San José, Costa Rica durante el siglo XX". *Tesis para optar por el grado de Licenciada en Antropología Social en la Universidad de Costa Rica*.
- Pardo, José. (1905). *Manual de la conversión con el Cielo*. (3ª ed.). Bélgica, Imprenta Brepols y Cía., SA.
- Thiel, Bernardo Augusto. (1893). *Catecismo de la doctrina Cristiana*. (9ª ed.). Alemania, Librero-Editor Pontificio.
- Thomas, Luis-Vincent. (1993). *Antropología de la muerte*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Velázquez Bonilla, María Carmela. (1996). "Las actitudes ante la muerte en el Cartago del siglo XVII". *Tesis para optar por el grado de Magister Scientiae en Historia*. Universidad de Costa Rica.

Flory Otárola Durán
floryotarola@yahoo.com